

LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN COMO RACIONALIZACIÓN DEL SISTEMA EDUCATIVO

Ramón PORTAVELLA CREMADES

Introducción

Para delimitar el tipo de Filosofía de la educación que debemos hacer, conviene tener claro el concepto de Filosofía, así como la problemática concreta a cuya solución deseamos contribuir.

La dilucidación del concepto de Filosofía nos obliga a llevar a cabo ciertas reflexiones metafísicas, mientras que el esclarecimiento de la problemática filosófica nos aconseja un análisis del estado actual de las instituciones educativas. En función de estas dos premisas, la tarea a realizar o adaptación del sistema educativo a las nuevas realidades sociohistóricas, y la perfección de la herramienta o Filosofía para llevarla a cabo, podemos determinar las líneas maestras de una Filosofía de la educación viva, actual y eficaz.

Lo que decimos, en definitiva, es perogrullo. Decimos que la Filosofía de la educación ha de tener en cuenta la realidad filosófica y la realidad educativa y que, en función de las mismas, tiene que elaborarse. Por esto, dividimos esta exposición en tres puntos: 1.º, reflexiones metafísicas; 2.º, los problemas de la educación actual; y, 3.º, la Filosofía de la educación aquí y ahora.

REFLEXIONES METAFILOSÓFICAS

Existen muchas concepciones de la Filosofía y, sin duda, no todas son acertadas. La Filosofía se puede entender como un saber absoluto y definitivo, o también como la defensa, más o menos sutil y hábil, de una determinada ideología; incluso puede ser, sencillamente, un conjunto de proposiciones de una ciencia ya superada. A estas tres concepciones equivocadas y estériles voy a referirme brevemente.

Para nosotros resulta equivocada toda Filosofía de la educación que pretenda resolver los problemas de este sector antropológico mediante la aplicación a los mismos de una Metafísica general. Tal ocurre, por ejemplo y hay algún intento bibliográfico en este sentido, cuando, mediante la aplicación de la teoría de la potencia y el acto de Aristóte-

les, se pretende explicar todo el proceso educativo. Indudablemente, con este intento se incurre en un cierto imperialismo filosófico inaceptable y, además, se desconoce la dimensión real del problema que se pretende resolver.

Constituye, ciertamente, un injustificado imperialismo filosófico aplicar la teoría del acto y la potencia de Aristóteles, pensada para explicar las transformaciones de la naturaleza, a un fenómeno psico-social, en gran medida nuevo y propio de nuestra cultura, como es el fenómeno educativo. Creemos que el fenómeno educativo en nuestro mundo sociohistórico tiene unas dimensiones que no existieron nunca en tiempos anteriores: ¿Cómo se habría podido dar respuesta certera a una cuestión antes de que ésta fuese planteada? Una reflexión elemental postula analizar los fenómenos nuevos antes de aplicarles teorías viejas para dilucidarlos. Porque, de otra suerte, corremos el riesgo de no abordar ni siquiera la cuestión. Así, en el supuesto que nos ocupa, quienes explican el fenómeno educativo con la Ontología aristotélico-tomista, no pasan de los aspectos psicológicos (aparte de que éstos se traten deficientemente) que no tocan, ni de lejos, el meollo del problema educativo actual que, sin duda, en su aspecto más aristotélico, es social.

Otro producto inadmisibles, que, a veces, se nos presenta con la etiqueta de Filosofía de la educación, es cierta ideología contraculturalista que concreta sus ataques contra la escuela y la educación misma. Esta clase de literatura, pues obviamente es más un ensayo literario que un género filosófico, aunque tiene el ingrediente crítico de la Filosofía, carece de su perspectiva totalitaria e integradora. Contempla los aspectos negativos pero no los positivos de la educación. En consecuencia, tal linaje de ensayistas propone suprimir la escuela o resaltar los males que la educación acarrearía al educando, por ejemplo, coartar su espontánea libertad.

Es evidente que esta «filosofía» se inscribe dentro del pesimismo contraculturalista, cuya tesis, en esencia, consiste en postular que, puesto que el desarrollo actual de la cultura acarrea graves problemas, volvamos

al estadio natural, utópicamente feliz, y así nos libraremos de las inquietudes que nos acucian. Desgraciadamente, ésta es una actitud escapista y claudicante que, de entrada, ya renuncia a superar las dificultades reales. Sin embargo, en la entraña misma de la Filosofía está, como decía Ortega, la «frucción de lo problemático». Por tanto, esta actitud, que se rinde ante el problema antes de luchar contra él, debe ser rechazada por pseudofilosófica. A pesar de todo, convendrá tener en cuenta sus aportaciones críticas, en la medida en que alumbren facetas reales cuyo conocimiento, a fin de tener una comprensión integral del problema, nos pueda ser útil.

Idénticamente, pueden pasar por Filosofía de la educación ciertas teorías sobre el comportamiento humano provenientes de distintos saberes. En este sentido, se oye hablar de Filosofía de la educación de Skinner, pongamos por caso. En el mejor de los supuestos, estos enfoques confunden la Filosofía con otra ciencia; en el caso de Skinner, con la Psicología. Y, por supuesto, están privados de la visión radical y globalizadora, que ha de tener la Filosofía. En casos menos afortunados, se ofrecen como saberes filosóficos conocimientos científicos ya superados. Esto no ocurre sólo con las explicaciones aristotélicas, ya vistas. Ocurre otro tanto, cuando se invoca, por mencionar otro nombre, a J. F. Herbart como si éste tuviera la clave de todas las dificultades educativas. Por otra parte, ninguna ciencia de la educación, ni siquiera la más perfecta y actual, en cuanto a investigación positiva, tiene los medios metodológicos idóneos para sustituir la reflexión filosófica.

La Filosofía de la educación, en sus planteamientos y consiguientes respuestas a las cuestiones educativas, ha de tener presentes todos los saberes, formalizados o no, pero no se puede identificar con ninguno de ellos. Precisamente hoy se requiere la Filosofía de la educación porque no existe ningún otro saber capaz de dar respuesta adecuada a las cuestiones educativas.

La Filosofía de la educación que necesitamos ha de ser un saber creador, operativo y eficaz. No nos vale ninguna de las especula-

ciones existentes porque, por más agudas, elegantes y prestigiosas que sean, son respuesta a interrogantes pretéritos, y ahora necesitamos una respuesta para un interrogante absolutamente nuevo y complejo. Estamos, aunque quisiéramos evitar aquí esta expresión tópica, ante un reto histórico. Necesitamos una auténtica Filosofía de la educación y ésta no puede ser otra cosa más que una reflexión concreta en torno a un sector y una circunstancia educativa concreta. No concebimos la Filosofía como un elenco de consideraciones teóricas, desvinculadas de los presentes conflictos educativos y escolares, sino como una herramienta que nos pueda ayudar a establecer un modelo educativo óptimo, aquí y ahora. En suma, pedimos una Filosofía de la educación, pensada *ex novo* y originalmente para una situación, también ella misma original y nueva.

LOS PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN ACTUAL

Los problemas de la educación actual provienen de la crisis general a que está sometida hoy la cultura. Empero, por lo que respecta a la educación, estos problemas se agravan porque ésta, a pesar de ser ella misma crítica, a pesar de relacionarse con otros fenómenos críticos y ser catalizadora de los mismos ha sido relegada en el proceso de racionalización de nuestra sociedad.

Efectivamente, la educación se ve afectada, en primer lugar, por los síntomas generales de la crisis. Así, la masificación, diagnosticada tiempo ha, como fenómeno peculiar de los nuevos tiempos por Ortega y por Jaspers, se produce hoy día en las aulas. Tampoco se oculta a nadie que la socialización de los centros educativos es una manifestación del fenómeno general de socialización, ya previsto como rasgo del futuro por Teilhard de Chardin y por muchos otros. La educación no podía ser y no es ajena a los signos propios de los nuevos tiempos.

Pero, en segundo lugar, la educación misma es una realidad de los nuevos tiempos y una expresión viva de la crisis de transformación por la que pasa nuestra cultura, cri-

sis de transformación que, según Teilhard de Chardin, se inició patentemente con la Revolución francesa, y que, por lo que estamos viendo, no terminará, si no se aleja más todavía el hito final, es decir, hasta que nuestros descendientes se encuentren en la segunda mitad del primer siglo del año 2000. Hablando en términos concretos, la educación como institución social, a la que estará sometida, en un próximo futuro, toda la población durante largos años de su vida, es un hecho completamente nuevo. La educación familiar puede ser un precedente de la educación institucional, pero ésta no se puede reducir a aquélla. La educación institucional es esencialmente social, mientras que la familiar es casi natural. Precisamente la educación institucional es un fenómeno crítico porque este género de educación, entre otros factores, distinguirá al hombre de ayer del hombre del mañana.

En tercer lugar, la educación se relaciona con otros fenómenos nuevos y características de nuestra cultura. Así acontece con la ciencia y las técnicas que de ella se derivan, por poner un ejemplo fácil y tópico; pero también con otras instituciones, que no siempre se relacionan con la educación, como es, por ejemplo, el Estado de Derecho y una Administración eficaz de Justicia ¿Puede existir la investigación científica y la seguridad jurídica sin un sistema educativo que prepare investigadores y enseñe a toda la población a vivir conforme al derecho?

De este modo, la educación, al relacionarse con otras facetas de la vida humana, se convierte, y éste es un cuarto punto a tener en cuenta, en catalizadora de las mismas. ¿Cuántas veces se ha dicho que la educación aumenta la productividad y la producción económica?

Ser exponente de la crisis, constituir un factor cultural nuevo, fundamentar básicamente las nuevas estructuras sociales y catalizar las mismas, parecen motivos suficientes para que la educación sea objeto preferente de racionalización. Y esto sin mencionar aquí el hecho de que el sistema educativo, en gran medida, determina el nivel de justicia social de los regímenes políticos. Sin embargo, la educación ha sido dejada de lado a la hora de racionalizar las instituciones.

LA FILOSOFÍA Y LA EDUCACIÓN AQUÍ Y AHORA

El profesor Jesús Mosterín ha señalado el fenómeno de la parcial racionalización de nuestra cultura. Estas son sus palabras:

A lo largo de los últimos cuatro siglos nuestra cultura «occidental» ha ido siendo sometida a una serie de intentos más o menos exitosos de racionalización parcial, pero nunca se ha intentado su total racionalización. El resultado es la situación actual de nuestro sistema sociocultural, en el que determinados aspectos han sido considerablemente racionalizados, mientras que otros han quedado en la inerte penumbra de la tradición¹.

Nuestras instituciones escolares y académicas tienen su origen en siglos pasados, y conservan todavía su espíritu. A menudo responden a planteamientos medievales y, en el mejor de los casos, a las necesidades del Renacimiento y la época de la Ilustración. Efectivamente, la sociedad medieval tenía necesidad de unos hombres cultos, la mayor parte de ellos clérigos, capaces, primero de enseñar la doctrina cristiana, y, segundo, de dirigir moralmente la sociedad mediante normas éticas y jurídicas. Cuando surgió la ciencia en el Renacimiento a los anteriores letrados y «letreros», se añadieron los «científicos» para poderla desarrollar, aunque en círculos reducidos. La cultura tipográfica, impuesta como consecuencia del descubrimiento de la imprenta en el Renacimiento, obligó a toda la población a saber leer y escribir, por razones prácticas. De ahí surgió la alfabetización universal como postulado de la Ilustración.

La educación tradicional fijaba sus objetivos en estos tres fines: el gobierno clerical o burgués de la sociedad, la capacitación de unos pocos para la ciencia y la alfabetización del resto de la población para que pudiera trabajar en un mundo tipográfico. En España el objetivo primordial siempre fue el primero. Aquí la ciencia no ha tenido rele-

¹ MOSTERÍN, JESÚS, *Racionalidad y acción humana*, Madrid, 1978, Alianza Universidad, pp. 60-61.

vancia y la alfabetización total no se ha logrado hasta estos últimos años.

Quizás, a pesar de todo, vale la pena dejar constancia de que el problema de racionalizar la educación no es exclusivo de España, sino de toda la cultura «occidental». Por esto es ingenuo el intento de resolver nuestro problema copiando a otros países.

Es comprensible que, en la sociedad actual, donde toda persona ha de participar democráticamente, en la que la ciencia y su tecnología se han extendido a todos los aspectos de nuestra vida y en la que no sólo es necesaria una universal alfabetización tipográfica sino también una universal alfabetización en los medios electrónicos de comunicación, nuestras instituciones escolares y académicas se hayan quedado «en la inerte penumbra de la tradición», según frase del doctor Mosterín.

Sin duda, la educación pertenece a los aspectos no racionalizados de nuestro sistema cultural. Posiblemente esta no racionalización se explica a causa de la enorme dificultad que la misma entraña, dada la complejidad del fenómeno educativo.

La verdad es que nadie nos ha presentado un modelo educativo ideal y perfecto para el futuro. Pero, aunque lo tuviéramos, ¿sabríamos y podríamos implantarlo socialmente?

La racionalización del sistema educativo requiere no sólo elaborar un modelo «racional» de educación, sino elaborar también unas estrategias políticas, sociales y pedagógicas que nos permitan implantarlo sin originar conflictos que resulten excesivamente graves e intolerables.

Éste es el problema que hoy tiene la educación: su racionalización. Y toda Filosofía de la educación auténtica, que no se limite a ser un juego académico más o menos divertido, sino que pretenda cumplir su misión de resolver los problemas reales de la vida, debe presentarse como racionalización del sistema educativo. Insistimos en que nos referimos no sólo a la racionalización formal o lógica, sino también a la teoría antropológica, que, en definitiva, también ha de ser «racional», y nos ha de permitir realizar la racionalización en sentido estricto formal o lógico.